

Alcaldes de Pamplona durante el franquismo: Un retrato de conjunto

Mayors of Pamplona during the Francoism: a collective portrait

MARÍA DEL MAR LARRAZA MICHELTORENA
Universidad de Navarra

RECIBIDO: OCTUBRE DE 2012
ACEPTADO: NOVIEMBRE DE 2012

Resumen: El artículo recoge un estudio prosopográfico de los alcaldes pamploneses entre 1940 y 1976. Con él, además de dar a conocer su perfil socio-económico y político, se intenta responder a interrogantes tales como sus orígenes políticos -una cuestión de primer orden a la hora de calibrar la implantación del Estado Nuevo franquista-, como la densidad de sus carreras -a fin de deducir de ello el mayor o menor atractivo del poder político municipal-, o como el modo de acceso al gobierno local -con objeto de indagar dónde se encontraba la auténtica matriz de la vida política bajo la dictadura.

Palabras clave: franquismo, alcalde, prosopografía, trayectoria política, carlismo, Falange, Movimiento, "concejales sociales"

Abstract: The article presents a prosopographical study of the mayors of Pamplona between 1940 and 1976. With him, in addition to publicize the socio-economic and political profile, it attempts to answer questions such as their political origins -a major issue in relation to the implementation of the New Francoist State-, the density of their careers -to deduce the varying attractiveness of town political power-, or as the means of access to local government, in order to ask where was the real matrix of political life under the dictatorship.

Keywords: Fracoism, mayor, prosopography, political trajectories, carlism, Falange, Movimiento, "social councilors".

“Juro servir a España con absoluta lealtad al Jefe del Estado, estricta fidelidad a los principios básicos del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales del Reino, poniendo el máximo celo y voluntad en el cumplimiento de las obligaciones del cargo de Alcalde para el que he sido nombrado”¹

1. INTRODUCCIÓN

El estudio biográfico de elites políticas viene siendo desde hace décadas un tema de interés en la historiografía europea y norteamericana. Una larga tradición, en algunos casos, a la que se ha sumado nuestro país, donde ya comenzamos a disponer de una notable colección de diccionarios y repertorios biográficos. No es el momento de hacer referencia a todos ellos², pero sí de constatar una línea de trabajo al alza en la que cabe enmarcar este breve estudio sobre los alcaldes de la ciudad de Pamplona a lo largo del franquismo.

Ciertamente, de algunos de ellos se tiene amplia noticia, ya sea por su personalidad y legado, ya porque su mandato no nos queda demasiado alejado en el tiempo, pero quizá nos falte la información completa de todos y cada uno de los hombres que desempeñaron el cargo entre 1940 y 1976, y sobre todo, adolezcamos de una imagen suya de conjunto, que trascienda la singularidad de cada mandato y que nos permita apreciar tanto los rasgos y valores que compartieron, como la evolución que experimentó la institución municipal bajo sus manos, en una suerte de reflejo de la misma evolución de la sociedad pamplonesa a la que sirvieron. Por ello, en las páginas que siguen se combinará el retrato particular de los quince alcaldes de designación gubernamental, con un análisis de biografía colectiva que atenderá a su perfil socio-profesional y a su perfil político de conjunto, interesantes ambos por su capa-

¹ Juramento de A. Goicoechea, Archivo Municipal de Pamplona (AMP), Actas de Plenos, 26-I-1967, p. 93.

² Un buen estado de la cuestión en los estudios ejemplares de J. AGIRREAZKUENAGA, *Bilbao desde sus alcaldes. Diccionario biográfico de los alcaldes de Bilbao y gestión municipal en la Dictadura*, vol. III, 1937-1979, Ayuntamiento de Bilbao, 2002; y *Diccionario biográfico de parlamentarios de Vasconia (1876-1939)*, 3 vols., Vitoria-Gasteiz, Parlamento Vasco, 2007. Para el caso navarro, consúltese A. GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, *Diccionario biográfico de los diputados forales de Navarra (1931-1984) y de los Secretarios de la Diputación (1834-1984)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998.

cidad explicativa de algunas de las claves del funcionamiento del *Nuevo Estado* en el nivel local, y asimismo necesarios para realizar una historia comparada con otras ciudades y regiones de España en aquel tiempo de dictadura.

El método prosopográfico en el que se apoya este estudio supone, como ya ha sido escrito³, una apuesta por la recuperación del valor central del hombre como sujeto de la historia, hombres y mujeres unidos por múltiples lazos que trenzan sus existencias en una densa red social, cuya radiografía ayuda a descubrir los auténticos mecanismos de articulación de la sociedad y también el modo real en que los actores sociales concretos quedan vinculados en los procesos históricos. De un modo más concreto, el citado método consiste en hacer preguntas a un conjunto de protagonistas históricos con algún rasgo en común, preguntas que hacen referencia a una serie de variables uniformes como la del nacimiento, la muerte, la familia, los orígenes sociales, la posición económica, la educación, la profesión, las creencias, la actuación pública, etc... La información se estudia y combina hasta hallar puntos de encuentro significativos que retraten al grupo en su vida interna y en su relación con la sociedad. La prosopografía acaba convirtiéndose así en una historia social de la política. Serán las conclusiones de su aplicación en este caso las que enhebrarán en buena medida el discurso de este trabajo.

En cualquier caso, ¿por qué estudiar los alcaldes? Puede parecer una pregunta obvia, pero nunca está de más subrayar el interés histórico y político de aquellos que ejercieron como la más alta autoridad municipal. Con todo, es necesario recordar que el tiempo del franquismo tuvo sus peculiaridades: realmente el poder lo asumía el gobernador civil, máximo representante del Estado en la provincia y cabeza del partido único de FET y de las JONS, y como tal, autoridad suprema bajo la que se hallaban todas las instituciones provinciales y locales. El alcalde, siempre designado por el gobernador civil, ocupaba el último rango en el escalafón, aunque no por ello dejó de ser una pieza importante: debía lealtad plena al régimen y representaba al Movimiento en su municipio, al tiempo que se esperaba de él que articulase las fuerzas sociales y políticas bajo su mando. Su capacidad de actuación, no obstante, quedó notablemente limitada bajo el decidido centralismo de la dictadura: Ayuntamientos y Diputaciones perdieron buena parte de su autonomía político-administrativa y vieron drásticamente reducidos sus recursos. Aun así, los alcaldes pamploneses rigieron un consistorio sobre el que tenía notables atribuciones la Corporación foral, y ello les

³ L. STONE, *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

llevó en varias ocasiones a secundar a los diputados en su enfrentamiento con los gobernadores civiles más centralistas; por otro lado, esos mismos alcaldes actuaron en una región donde el régimen toleró un atisbo de vida política, la que protagonizarían los vencedores -carlistas colaboracionistas, carlistas reacios y falangistas- en su lucha por el control de las instituciones, lo cual también se tradujo en una cierta singularidad que distinguiría al Ayuntamiento de Pamplona.

Estudiar a los alcaldes de la vieja Iruña en el período 1940-1976 tiene, por tanto, todos estos alcances: supone saber de ellos, reconocer sus logros -también sus desaciertos- y, trascendiendo la casuística particular, supone asimismo vislumbrar a través suya el modo como la ciudad se amoldó a la nueva realidad política de la dictadura y proyectó los nuevos valores de la ideología oficial, pero también el modo como evolucionó hasta convertirse en una capital problemática para Madrid ya en los años del tardofranquismo. No está de más presentarlos, advirtiendo que en la siguiente relación sólo constan los alcaldes directamente designados por el gobernador, y no aquellos que ocuparon la alcaldía de forma accidental o interina. Se trata de José Garrán Moso (1940-1941), Juan Echandi Indart (1941-42), Antonio Archanco Zubiri (1942-44), Daniel Nagore Nagore (1944-46), José Iruretagoyena Solchaga (1946-47), Miguel Gortari Errea (1949-52), Javier Pueyo Bonet (1952-58), Miguel Javier Urmeneta Ajarnaute (1958-64), Juan Miguel Arrieta Valentín (1964-67), Ángel Goicoechea Reclusa (1967-69), Manuel Ágreda Aguinaga (1969), Joaquín Sagüés Amorena (1969-72), José Joaquín Viñes Rueda (1972-74), José Arregui Gil (1974-76) y Francisco Javier Erice Cano (1976)⁴.

2. ESTUDIO PROSOPOGRÁFICO⁵

2. 1. PERFIL SOCIO-PROFESIONAL

Los quince alcaldes citados compartieron muchos rasgos en común: para empezar, constituyeron una elite relativamente joven en el momento de acceder

⁴ No forman parte de esta lista ni Tomás Mata Lizaso, que provenía del tiempo de la República, aunque gobernase Pamplona hasta 1940; ni los alcaldes accidentales e interinos, entre los que cabría citar de modo particular a Joaquín M^a Ilundáin Tulié, José M^a Repáraz Iturria, Justo Luis Tabuena Orallo y Javier Rouzaut Garbayo; ni aquellos que, iniciada la Transición, recogieron el testigo de la vara municipal una vez que Erice Cano fuese suspendido de su cargo por el gobernador, casos de Tomás Caballero Pastor, Segundo Valimaña Setuain y Jesús M^a Velasco Iriarte.

⁵ La presente aportación se basa en la documentación consultada y en las conclusiones alcanzadas en un estudio anterior de mayor calado (M.M. LARRAZA (dir.), *El Ayuntamiento de Pamplona desde*

al cargo, con una edad promedio de 47 años, y desde luego podrían definirse como una elite autóctona, algo que cabría esperar: sólo dos alcaldes habían nacido fuera de la provincia (Arrieta y Viñes), si bien sus familias eran navarras, y casi la mitad de ellos eran pamploneses. En otras palabras, si la variable de la edad apenas resultó determinante en la elección de estos hombres, sí desde luego lo fue la de la procedencia, pues no en vano uno de los requisitos esenciales para el buen desempeño del cargo era el de ser un hombre con arraigo, representativo de las bases socio-políticas del franquismo en la ciudad.

Siguiendo con el retrato, quizá también fuera esperable constatar el alto rango socio-profesional de estos mandatarios: trece de los quince reunían la condición de titulados superiores, profesionales liberales y altos funcionarios, una categoría en la cúspide social, de hombres no siempre procedentes de las “buenas familias”⁶, pero sí presentes en los puestos políticos clave dada su cultura y su preparación técnico-profesional. No es casualidad, en este sentido, que ocho de ellos fueran abogados, hecho que no hace sino dar continuidad a una larga tradición de protagonismo de estos titulados en la vida política, por lo menos desde los tiempos de la Restauración⁷. A su vez, resulta significativo que seis de los alcaldes desempeñaran un alto cargo en la administración, ya fuera la del Estado, ya la de la Diputación, pues ello confirmaría el importante peso que, al igual que en otras partes, tuvieron los burócratas en los centros políticos durante el franquismo⁸. Y, desde luego, no sorprende que entre aquellos hombres también figuraran tres militares (de ellos, dos con estudios superiores), cuya presencia se explicaría por ser aquel un régimen surgido de una guerra.

sus hombres, 1940-1979: biografía colectiva y gestión municipal, Pamplona, Eunat, 2012), referido al conjunto de los 154 concejales del período. Entre las fuentes utilizadas, a las que aquí apenas podrá hacerse referencia concreta, destacamos las procedentes del Archivo Municipal de Pamplona (Actas plenos, Alcaldía, Padrones), del Archivo Real y General de Navarra (Actas Consejo Foral), del Registro Mercantil (Escrituras constitución empresas), del Archivo General de la Administración (Gobernación y Delegación Nacional de Provincias) y de la Fundación Francisco Franco (cartas y expedientes), además de la prensa periódica (*Diario de Navarra*, y *El Pensamiento Navarro*, principalmente) y la bibliografía de época.

⁶ En la acepción dada por G. W. McDONOGH, *Las buenas familias de Barcelona: historia social del poder en la era industrial*, Barcelona, Omega, 1989.

⁷ M.M. LARRAZA, *Aprendiendo a ser ciudadanos. Retrato socio-político de Pamplona, 1890-1923*, Pamplona, Eunsa, 1997.

⁸ M. JEREZ MIR, *Elites políticas y centros de extracción en España, 1938-1957*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1982; y M. BAENA DEL ALCÁZAR, *Elites y conjuntos de poder en España (1939-1992). Un estudio cuantitativo sobre Parlamento, Gobierno y Administración y gran empresa*, Madrid, Tecnos, 1999.

Hay, sin embargo, otros datos que no resultan tan evidentes. La tradicional burguesía urbana, en la que cabría integrar a aquellos que los padrones municipales registran como industriales, comerciantes y propietarios agrícolas y de actividades con solera, es decir, la vieja mesocracia que antaño dominaba en los consistorios, apenas queda representada durante el franquismo por un solo alcalde. Curiosamente, tampoco fueron designados para la alcaldía hombres vinculados a la moderna empresa, entre los que igualmente sólo figura un dignatario. El perfil de los alcaldes resulta nítido: la inmensa mayoría (un 86,6%) pertenecía al estrato superior, siguiendo en importancia el elemento militar, pero, sin embargo, no contaba con ningún representante entre profesionales medios y obreros, y apenas tuvo un representante en cada caso de la vieja y la nueva burguesía de los negocios, muy ligadas por sus intereses a la capital. Ciertamente, entre aquellos quince hombres que ostentaron la vara de la ciudad estuvieron en relativa minoría los apellidos de raigambre (Garrán, Nagore, Iruretagoyena, Sa-güés); “los demás se nos presentan como gentes relativamente nuevas, desconectadas en bastante medida de las viejas familias con un protagonismo económico, social y político continuado en épocas anteriores, y tampoco adscritas en general -salvo alguna excepción- a ninguna oligarquía local de su propio tiempo, aunque por su formación académica y su ocupación profesional quepa calificarles de elites”. Puede deducirse de ello, que el régimen franquista prefirió gentes cualificadas y bien relacionadas, antes que potentados económicos, aunque también hubiera algún representante de este último grupo⁹.

2.2. PERFIL POLÍTICO

“Lo principal en la Dictadura para ser influyente en política, desde el principio hasta el final, fue demostrar lealtad al sistema y no la riqueza o el ascendiente social que uno tuviera”¹⁰. Esta afirmación, que suscribimos, nos desliza hacia el perfil político de nuestros alcaldes que, en este ámbito, a su vez, también compartieron un hecho común: todos juraron fidelidad a Franco y a los principios del Movimiento, y la inmensa mayoría además gobernaron ple-gándose a las directrices del gobernador civil que, no en vano, los designó a todos ellos, excepto a Erice, elegido por los propios concejales según la nueva normativa implantada ya a la muerte del dictador. Bajo aquel común deno-

⁹ M.M. LARRAZA, *Op. cit.*, p. 200.

¹⁰ M. CABRERA y F. DEL REY REGUILLO, *El poder de los empresarios*, Madrid, Taurus, 2002, pp. 310.

minador, sin embargo, se sucedieron hombres con distintas adscripciones y sensibilidades políticas, siempre en el estrecho margen que lo permitía el régimen. Cuatro grandes familias o grupos pasaron por el consistorio: en primer lugar, los carlistas, un 40, 9% del total de munícipes del período; tras ellos, los falangistas, que asumieron algo más de la quinta parte de las concejalías (21,4%); en un tercer lugar estarían los hombres del Movimiento, sin adscripción política más concreta, que sumarían el 27,3% del personal municipal; y, por último, los llamados concejales “sociales”, un 8,4% del total, a los que cabría sumar una exigua representación de independientes (1,9%). Hubo alcaldes de los cuatro grupos citados, pero su presencia no se correspondió exactamente con la de sus propios afines.

Los carlistas desempeñaron cinco de las quince alcaldías, es decir, un 33,3% que queda algo por debajo de su representación total. Lo significativo, con todo, es saber que cuatro de las cinco alcaldías se sucedieron en el primer franquismo, para ser más concretos, en el tiempo de las llamadas Gestoras de designación gubernamental (1940-1948). Fueron las de Garrán, Echandi, Archanco e Iruetagoiena. La fuerza carlista en el Ayuntamiento era entonces incontestable. En la más inmediata posguerra, el régimen encontró allí sus hombres fuertes: habían dominado la escena política (en el frente y en la retaguardia) en los años del conflicto y su posición era sólida en el nivel local y en el regional. Su cuasi monopolio político acabó siendo, sin embargo, uno de los principales obstáculos para el control de Madrid sobre Navarra; fue en los años 40', de hecho, cuando se iniciaron los enfrentamientos con los sucesivos gobernadores civiles, lo que se tradujo en una paradójica inestabilidad en la dinámica municipal de toda la década¹¹. El carlismo, fracturado internamente entre colaboracionistas y refractarios para con el régimen, y debilitado también por las banderías que por aquellas fechas alimentaron los distintos pretendientes, no volvió a hacerse con la vara municipal hasta muchos años después (Ágreda, 1969) y de un modo casi testimonial.

El relevo en la presidencia municipal lo tomarían los hombres de FET y de las JONS: fueron en sí mismos la expresión de una evolución querida por

¹¹ Garrán Moso dejó la alcaldía al ser designado gobernador civil de Vizcaya. Su sucesor, Echandi, dimitió junto con todos los concejales carlistas de su corporación en abierta protesta contra los sucesos de Begoña de 1942. Archanco, un conocido comerciante local, de la tendencia colaboracionista, se avino a dirigir aquel consistorio, recompuesto con dificultad. Por último, el general Iruetagoiena, propuesto por el polémico gobernador civil Juan Junquera, acabó enfrentándose a él y presentando su dimisión.

el régimen. Tras las accidentadas alcaldías de los cuarenta, y ante el recelo que suscitó el Ayuntamiento de 1948, el surgido de las primeras elecciones por tercios, dado el peso en él del elemento carlista disidente, el nuevo gobernador civil, Valero Bermejo, apostó por un hombre ajeno a la política de partido, pero de lealtad probada, amplio prestigio y una voluntad decidida a reconducir el consistorio pamplonés al entendimiento con el régimen. El elegido fue Miguel Gortari (1949-1952); con él se vino a retomar la estrategia que años atrás llevara a la designación de Daniel Nagore (1944-46), buscando para la ciudad un gobierno apolítico, pero si a mediados de los cuarenta aquella estrategia no prosperó porque el antecesor de Valero, Juan Junquera, la consideró errónea para un efectivo control del consistorio desde Madrid, sí se mostraría adecuada a punto de iniciarse los cincuenta. En la nueva década, cada vez más lejanos los ecos de la guerra, el perfil crecientemente preferido para la figura del alcalde fue el del hombre con arraigo y buen gestor, en consonancia con los aires desarrollistas que poco a poco iban imponiéndose.

A Miguel Gortari, de significado protagonismo político durante la II República pero ya hombre del Movimiento sin otra etiqueta, le sucedió al frente del Ayuntamiento Javier Pueyo (1952-58), de orígenes falangistas pero él también en la línea de una nueva generación más apolítica. Los sesenta fueron, sin duda, “el tiempo” de estos hombres alejados de una disciplina de partido, a quienes además cabe atribuir el liderazgo de la modernización de la capital, el tiempo de Miguel Javier Urmeneta (1958-64) y Juan Miguel Arrieta (1964-67). No obstante, dicho tiempo de gestión sin política empezó a declinar a fines de la década del desarrollo. Ángel Goicoechea (1967-69) es hoy recordado como continuador de la labor modernizadora de sus predecesores, pero también como el primer alcalde que gobernó con la oposición -todavía minoritaria, pero efectiva- de los llamados concejales “sociales”, que accedieron al consistorio tras las elecciones de 1966. Comenzó a resquebrajarse entonces la unidad vivida en los consistorios en los últimos años, y se abrió una nueva etapa donde de nuevo la política se coló en forma de disidencia.

Para sustituir a Goicoechea, que murió en 1969 en el desempeño de su cargo, y atajar el vuelo que estaba tomando la oposición “social”, el régimen volvió a decantarse por una opción “política” designando al excombatiente carlista Manuel Ágreda Aguinaga. Pero éste apenas estuvo unos meses al frente de la alcaldía: problemas de salud le llevaron a solicitar la renuncia. Para el gobernador civil comenzó a resultar difícil encontrar un servidor del régimen capaz de encauzar la situación, y por ello se cambió de estrategia: una nueva

generación de hombres, que no habían vivido la guerra y que eran portadores de un talante más abierto, fueron aupados a la alcaldía para enderezar la vida política municipal. A fines de 1969 fue nombrado para el cargo Joaquín Sagüés Amorena (1969-72), independiente, calificado en la documentación electoral como de “tendencia demócrata-cristiana”, quien pasaría a los anales de la historia local como el primer alcalde que actuó dando voz a todos, como “un hombre para el cambio político”¹². Su mandato habría de ser breve ya que enfermó del corazón: su sustituto, gracias a la mediación del primer teniente de alcalde, Javier Rouzaut, fue Javier Viñes Rueda (1972-74), también él independiente y afecto a la democracia cristiana según los informes oficiales, con talante conciliador y aperturista, y quizá una más manifiesta ambición política. Le tocó presidir un Ayuntamiento crecientemente conflictivo; algunas de sus decisiones, contrarias al parecer del gobernador, muy probablemente fueron la causa de su cese. El último alcalde pamplonés de designación gubernamental durante el franquismo, José Arregui Gil (1974-76), hombre del Movimiento en la línea más continuista, significó una apuesta de choque para recuperar el control de un consistorio ya totalmente díscolo. Acabó siendo una apuesta perdida: a la muerte de Franco, la aplicación de la nueva Ley de Régimen Local hizo posible que los alcaldes fueran elegidos por los propios concejales, y el entorno “social” del consistorio logró sacar a su representante, Francisco Javier Erice Cano (1976), aunque fuera por el escasísimo margen de un voto que habla de la extrema polaridad de aquel postrer Ayuntamiento.

2.3. EL CURSUS HONORUM

Hagamos de nuevo el recuento: cinco alcaldes carlistas (Garrán Moso, Echandi, Archanco, Iruretagoyena y Ágreda), un falangista (si así consideramos a Javier Pueyo), seis caracterizados genéricamente como hombres del Movimiento (Nagore, Gortari, Urmeneta, Arrieta, Goicoechea y Arregui), dos independientes (Sagüés y Viñes), aunque obviamente bajo la prescrita lealtad al régimen, y uno “social” (Erice). Preguntémonos ahora por las trayectorias políticas de estos “cuadros intermedios”¹³, pues más allá de sus adscripciones, tiene interés también conocer su *cursus honorum*, expresión del calado político que

¹² José Miguel Iriberry, “La alcaldía de Sagüés”, *Diario de Navarra*, 7-IX-1995.

¹³ En expresión de G. SÁNCHEZ RECIO (ed.), *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959. Diversidad de orígenes e identidad de intereses*, Alicante, Instituto Juan Gil-Albert, 1996.

pudo tener el poder local durante el franquismo. Un primer interrogante a resolver sería el relativo a su pasado político, el anterior a la dictadura. De sus microbiografías se desprenden varios datos a tener en cuenta. El primero es que los alcaldes carlistas que cuasi monopolizaron la alcaldía en los cuarenta apenas se significaron con anterioridad. El verdadero arranque de su periplo tuvo lugar con la guerra civil: Echandi y Garrán Moso a través de la Junta Central Carlista de Guerra y de la estructura del partido único tras el Decreto de Unificación, e Iruretagoyena en su calidad de militar de prestigio¹⁴. Es decir, el régimen puso al frente del gobierno municipal a gentes “nuevas”, a hombres forjados en el espíritu de los principios del Movimiento, de los que cabía esperar una lealtad sin reservas. O dicho desde el ángulo de los elegidos, hombres que no necesitaban demostrar su solvencia. Podría hablarse, por tanto, de una cesura política clara con el tiempo anterior en el arranque del *Nuevo Estado*.

Tal rasgo, sin embargo, no caracterizó a los tres alcaldes no carlistas de esa misma decisiva posguerra, Daniel Nagore (1944-46), Miguel Gortari (1949-1952) y Javier Pueyo (1952-58), todos ellos con antecedentes políticos. Nagore había sido miembro del Somatén en tiempos de Primo de Rivera, y ya en la República se adhirió al nuevo partido de Unión Navarra, creado en 1933 por Aizpún y por el propio Gortari. Éste, por su parte, habría de ser la personalidad de mayor relevancia política del Ayuntamiento pamplonés durante el primer franquismo: diputado a Cortes en 1931 y 1936, ocuparía dos subsecretarías en el Gobierno de Madrid de 1934. Javier Pueyo, por último, quizá no por casualidad también militó en Unión Navarra, si bien ingresó en Falange al estallar la guerra¹⁵. De algún modo, a quienes tenían un pasado monárquico-alfonsino, aunque luego su adhesión a Franco hubiera sido total, sí se les pedía acreditar su idoneidad, tanto para ser aceptados en Madrid cuanto para serlo también entre sus propios compatriotas. La designación de Gortari, por ejemplo, resultó un tanto problemática, pues si bien el gobernador civil Valero Bermejo recabó todos los apoyos que pudo -desde los carlosocavistas, a los falangistas, pasando por el Obispo de la capital-, lo cierto es que “corrieron rumores” en contra del candidato, según el gobernador, propalados por “las escasas minorías que [...] son intransigentes a una inmediata colaboración” y que tenían uno de sus baluartes en los representantes carlistas

¹⁴ Había participado en la guerra con el grado de Coronel (Tolosa; Guadarrama, Brunete, frente de Madrid, Jaca y frente de Teruel). A su término, fue ascendido a General de Brigada.

¹⁵ Archivo General de la Administración (en adelante AGA), Gobernación (08) 22.01, Caja 52/20.

del Ayuntamiento elegido en 1948¹⁶. A pesar de ello, la propuesta fue revalidada y Gortari cumplió su cometido de domeñar aquel consistorio, siendo presentado después, dentro de la misma estrategia, para ocupar la vicepresidencia de la Diputación de 1952 a 1964, al tiempo que Pueyo continuaba su labor en el Ayuntamiento.

Igualmente tuvo un claro pasado político el hombre que cerró el tiempo de la posguerra y puso las bases firmes para la modernización de Pamplona, Urmeneta, alcalde de 1958 a 1964, y después él también diputado foral hasta 1971. Sus orígenes nacionalistas vascos habían quedado borrados tras su alistamiento en el Requeté y su participación en la División Azul. Pero en sus credenciales tuvo tanto peso o más que su pasado su prestigio presente como hombre de la valía profesional y las dotes para el liderazgo social que reclamaba una Pamplona en rápido desarrollo¹⁷. Los alcaldes que le sucedieron, con la salvedad del carlista Ágreda en 1969, ya no habían participado en la guerra. Sus trayectorias se desarrollaron básicamente dentro del régimen.

Cabe hablar, en este sentido, de cuatro trayectorias básicas para todo el conjunto: la de quienes sólo fueron alcaldes de su ciudad, la de quienes previamente habían sido designados o elegidos concejales, la de quienes fueron aupados de la alcaldía a la Diputación Foral y, por último, la trayectoria única de quien pasó de ser máxima autoridad municipal a ser gobernador civil. Antes de iniciar su recuento habría que recordar, no obstante, que fuera cual fuese su perfil, todos los alcaldes, por el hecho de serlo, fueron designados procuradores en Cortes, condición de la que, por tanto, no cabría deducir *a priori* una ambición política supramunicipal¹⁸.

La primera trayectoria citada, la de los que sólo fueron alcaldes y no ejercieron ningún otro cargo público, nos habla de alcaldías entendidas como un deber, como un servicio al Estado, desempeñadas, en principio, por hombres sin una ambición política de más altos vuelos. Así podría decirse de Daniel Nagore (1944-46), quien asumió liderar un consistorio de “notables” en

¹⁶ Carta de Valero Bermejo al ministro de la Gobernación, 27-IV-1949 (AGA, Presidencia, Informes, 1948-49, caja 51/20796).

¹⁷ En 1954 Urmeneta, diplomado por el Alto Estado Mayor, abandonó el ejército con el grado de teniente coronel para sustituir a su padre al frente de la Caja de Ahorros Municipal, donde desplegaría una fecunda labor hasta 1982.

¹⁸ Fuera de la nómina quedarían los alcaldes Garrán y Echandi, anteriores a la implantación de las Cortes, y también, en el tramo final, Erice, que no llegó a desempeñar como procurador. Un caso particular fue el de Gortari, nombrado directamente por Franco procurador en las primeras Cortes de 1942.

mitad de los conflictivos y altamente políticos años cuarenta, pero que ya no volvió a comparecer en política después de dimitir en abierta discrepancia con el nuevo gobernador civil, Juan Junquera. Sería también el caso de su sucesor José Iruretagoyena (1946-47), militar carlista llamado a presidir una corporación más política y más comprometida con el régimen, pero que igualmente acabó dimitiendo por su incompatibilidad con Junquera. Y sería, por último, el de José Arregui (1974-76), un firme defensor del Movimiento que accedió a trabajar para doblegar al difícil último Ayuntamiento del tardofranquismo, sin éxito, como sabemos, pero que ni antes -ni después- se había llegado interesar por la política municipal. Podría computarse en este grupo también al carlista Antonio Archanco (1942-44), que asumió la difícil tarea de cubrir la desafección de Echandi tras los sucesos de la basílica de Begoña, sin que pareciera albergar otras aspiraciones, aunque unos años después llegara al Consejo Foral, si bien desde su condición de representante de Cámara de Comercio e Industria de Navarra.

En general, no obstante, la alcaldía tuvo mayor atractivo político y en torno suyo se anudaron varias trayectorias de distinto recorrido. Para algunos fue el culmen de una ambición de ámbito local, que se inició con la concejalía: así ocurrió con el citado Javier Pueyo, edil en los cuarenta (en el equipo “apolítico” de Nagore) y alcalde en los cincuenta; con Juan Miguel Arrieta, quien accedió al Ayuntamiento siendo muy joven en sustitución del edil Lacabe (1954), y luego resultó elegido en 1958, compartiendo toda la legislatura con Urmeneta, del que fue mano derecha y al que sucedería a continuación (1964-67), en un relevo hasta entonces nunca ensayado. Fue el caso también del siguiente alcalde, Ángel Goicoechea (1967-69), que en 1951 aspiró a la concejalía por el tercio familiar en una “candidatura deportiva” que fracasó pero que no impidió que resultara finalmente designado por el gobernador civil por el tercio de entidades; y sería, por último, el caso de Francisco Javier Erice, concejal “social” por el tercio familiar en las elecciones de 1973 y primer alcalde elegido por sus compañeros de corporación.

Como es obvio, la trayectoria concejal-alcalde que acabamos de ver se dio más allá de la década de las Gestoras, cuando se inició la “democracia orgánica” y ya pudo existir un margen de tiempo como para forjarse una carrera dentro de la dictadura, y sobre todo cuando hubo más posibilidades de hacerlo a través del sistema electoral por tercios. Sea como fuere, dicha trayectoria ya denota un perfil con mayor ambición política que viene a recordar que, por lo menos el Ayuntamiento pamplonés, por muy supeditado que es-

tuviera al poder central y al de la propia Diputación, tuvo un atractivo evidente para gentes con aspiraciones de protagonismo público.

La alcaldía, desde luego, tuvo un significado clave para quienes sí tenían claras esas aspiraciones, que siempre implicaban superar el marco local. La experiencia al frente del consistorio fue, así, fundamental para los tres hombres que accedieron a la Diputación, pasando antes por la preceptiva concejalía exigida entonces para ser diputado foral: Echandi, Gortari y Urmeneta. Los dos primeros formarían parte en 1951 de la llamada candidatura “De Pamplona para Navarra”, que auspició el gobernador civil para cortar el paso al carlismo disidente en su pretensión de revalidar los buenos resultados de 1948. En las conversaciones electorales se concertó, además, que ambos exalcaldes (Gortari, en realidad, seguía siéndolo todavía) entrarían a formar parte de la Corporación Foral, donde Gortari asumiría la vicepresidencia¹⁹. Así sucedió, y así volvió a repetirse en el caso de Gortari en 1957, de modo que continuaría al frente de la Diputación hasta 1964.

Para esta última fecha se había vuelto a orquestar una segunda candidatura que copara la representación por el tercio familiar con el respaldo gubernamental y que llevara a parte de sus miembros a la Diputación, con idéntico objetivo de encumbrar a uno de ellos a la vicepresidencia. Corrían años en que una maniobra tal era posible, años en que los hombres adictos al Movimiento, sin otra etiqueta, dominaban el panorama sobre carlistas y falangistas (estos últimos casi inexistentes) y parecían compartir una emergente mentalidad desarrollista para Navarra. La terna presentada en 1963 estuvo integrada por el hasta entonces alcalde pamplonés, Urmeneta, de gran talento político, por el reconocido empresario Félix Huarte, de amplios contactos, y por el carlista José Gabriel Sarasa, que aportó el peso del aparato de su partido. El éxito fue rotundo, y Urmeneta y Huarte pudieron optar a la Diputación, donde Huarte desempeñaría la vicepresidencia de 1964 a 1971. La labor de ambos fue decisiva para la industrialización de la provincia tras la puesta en marcha del Plan de Promoción Industrial para Navarra de 1964; han quedado en el recuerdo como los auténticos artífices de la llamada “Diputación del progreso”²⁰.

¹⁹ Para un amplio conocimiento de las primeras elecciones municipales sigue siendo referencia fundamental la obra de A. VILLANUEVA, *El carlismo navarro durante el primer franquismo, 1937-1951*, Madrid, Editorial Actas, 1998.

²⁰ Véase J. PAREDES, *Félix Huarte, 1896-1971: un luchador enamorado de Navarra*, Barcelona, Ariel, 1997.

Urmeneta intentaría un segundo mandato en la “Casa grande”, para lo que acudió –esta vez en solitario– a las elecciones municipales de 1973, que habrían de ser su trampolín al gobierno regional. Pero ya nada era como diez años antes: se había desvanecido la “sintonía” que reinara entre Ayuntamiento, Diputación y Gobierno Civil en los prósperos años sesenta, en la Corporación Foral se había hecho fuerte el elemento reacio a las políticas del tándem Huarte-Urmeneta, y el consistorio iba camino de estar controlado por una oposición “social” que se enfrentó a la especulación urbanística y que introdujo una dinámica de debate y cuestionamiento de todo el organigrama local del régimen. Para aquellas fechas el propio Urmeneta era visto con recelo y, por lo demás, había cambiado la estrategia del gobernador civil: dado que la representación por el tercio familiar venía quedando desde principios de la década en manos de la oposición –básicamente los “sociales”, a quienes se sumaba algún miembro del carlismo disidente–, su cometido era asegurarse el control de los otros dos tercios electorales. Por todo ello, José Luis Ruiz de Gordo (1972-76) impugnó la candidatura de Urmeneta por el tercio sindical por supuesta incompatibilidad entre su condición de director de la Caja de Ahorros Municipal y el cargo de concejal. Aunque el exalcalde denunció aquellas elecciones y todos los concejales electos por los tercios sindical y de entidades quedaron en situación *sub iudice* en tanto llegaba la sentencia judicial definitiva, el gobernador consiguió su objetivo inmediato de cerrarle el paso a la Diputación²¹. Tres años después los Tribunales fallaron en su favor y Urmeneta fue elegido concejal de Pamplona en las parciales de 1976 con amplio respaldo, pero poco después decidió poner fin a una carrera política que le hubiera llevado más allá de Navarra pero que “le pilló cansado y desilusionado”²² después de aquellos años de lucha.

La última trayectoria, la de alcalde-gobernador, sólo la recorrió José Garrán Moso (1940-41), el primer alcalde (carlista) del tiempo de las Gestoras, que de hecho dejó el cargo para ocuparse del gobierno civil de Vizcaya. Parece claro que si la alcaldía podía ser una buena plataforma para una carrera en

²¹ M.M. LARRAZA, “El Ayuntamiento pamplonés en el tardofranquismo”, en *Actes del Congrés La transició de la dictadura franquista a la democràcia, Barcelona, 20, 21 y 22 de octubre de 2005*, Barcelona, Centre d'Estudis sobre les èpoques Franquista i Democràtica, Universitat Autònoma de Barcelona, pp. 68-79; F. J. CASPISTEGUI y M. M. LARRAZA, “El Ayuntamiento más complicado de las capitales de provincia: Pamplona 1960-1976”, en M.M. LARRAZA (dir.), *De leal a disidente: Pamplona, 1936-1977*, Pamplona, Eunote, 2006, pp. 177-223.

²² Declaraciones de su viuda Conchita Ochoa (q.e.p.d.), en entrevista de 2008.

el ámbito regional, apenas tenía un valor político para salir de la provincia. En la designación de Garrán como delegado gubernativo pesaron otros condicionantes más decisivos, como eran la solera de su tronco familiar, su notable posición social y sus buenos antecedentes políticos, sin olvidar, desde luego, su inquebrantable lealtad al caudillo.

Si recapitulamos lo dicho, observaremos que el común denominador de todas las trayectorias estudiadas es que se desarrollaron en su mayoría en el seno de la dictadura: en rigor, sólo hubo un alcalde -Gortari- que desempeñó cargos de representación política antes de la guerra; y otro tanto iba a ocurrir respecto al periodo posterior, pues sólo otro alcalde -Viñes- resultaría elegido para un puesto de representación popular durante la Transición. Podría confirmarse, por tanto, que también hubo una cesura en las elites respecto al nuevo tiempo democrático, aunque las razones en uno y otro caso serían diferentes. En verdad, además de Viñes, hubo otros cinco alcaldes de los que puede seguirse un rastro político a la muerte de Franco, pero lo cierto es que ninguna de las trayectorias que iniciaron progresó en firme. Urmeneta, por empezar por el más antiguo y por el único cuya vida política había comenzado antes de la dictadura, fue propuesto por Suárez como delegado del Gobierno en el País Vasco, pero rechazó el cargo por no cumplirse las condiciones que él ponía. Poco después, participó en el proyecto del Frente Navarro Independiente de cara a las legislativas de 1977, pero finalmente no pudo comparecer a las elecciones. Abandonó entonces la vida pública, tan intensa y tan controvertida a un tiempo.

También se dejaron ver en la escena política los dos alcaldes que le habían sucedido en el cargo, pero de un modo muy tangencial: Juan Miguel Arrieta, volcado a su actividad profesional desde que dejara la alcaldía en 1967, comparecería veinte años después como candidato al Parlamento Europeo por el partido de Alianza Popular, ocupando un discretísimo puesto veintiuno en la lista; Manuel Ágreda, por su parte, se integró en Alianza Nacional del 18 de julio, una agrupación electoral de extrema derecha, que en Navarra presentaría sin éxito tres candidatos al Senado en las primeras elecciones, las legislativas de 1977, y que se desvanecería en breve.

Ser alcalde en el franquismo no fue, desde luego, un lastre para los tres hombres que en el tramo final del régimen hicieron gala de un talante aperturista, contemporizador con los “sociales”. Joaquín Sagüés, el primer alcalde para la democracia, fue llamado en 1980 para ocupar la dirección provincial del Ministerio de Cultura, si bien sería destituido dos años después. José Joa-

quín Viñes, quizá el de mayor ambición y dotes políticas, apostó por la agrupación regionalista Unión del Pueblo Navarro, y tras sus siglas resultó elegido tres veces como parlamentario foral y una como senador en Madrid. El suyo es un ejemplo muy ilustrativo de cómo la mayoría de los representantes municipales pamploneses que del franquismo pretendieron dar el salto político a la Transición lo hicieron en el espacio del centro derecha a través de nuevos partidos (UCD primero, UPN principalmente, y CDN, después y en menor medida) que, de hecho, se impusieron en el mapa político navarro, desbancando por completo a otras viejas maquinarias -la carlista, y a la casi inexistente falangista-, para entonces sin ninguna capacidad de relevo.

Curiosamente, los pioneros “sociales”, encabezados por su alcalde “de elección” Francisco Javier Erice, tampoco resultaron a la postre una alternativa de futuro. Eran gentes nuevas surgidas del cambio en el mundo católico, cuya entrada en la política había respondido a un compromiso social y cívico autoimpuesto de trabajar por el pueblo a través del Ayuntamiento, razón por la cual una mayoría en principio no contempló otro escenario de actuación que el de la capital, a lo que en algún caso se añadió un recelo manifiesto hacia el nuevo cauce que representaban los grandes partidos. Por lo demás, cuando lograron la mayoría y de oposición pasaron a ser gobierno municipal la desunión cundió entre ellos. Erice fue el único, junto a su compañero Miguel Ángel Muez, que aspiró a un cargo político en Madrid, y en 1977 dimitió de su condición de alcalde bajo suspensión gubernativa para presentarse a las legislativas por una nueva formación, Unión Navarra de Izquierdas, pero no resultó elegido, en tanto que UNAI quedó como una iniciativa provincial sin continuidad más allá de los comicios de 1977 y 1979²³.

2.4. LOS ESPACIOS DE SOCIABILIDAD

En el perfil colectivo que venimos dibujando, necesariamente escueto, quedaría por consignar un último apunte acerca de los “espacios de sociabilidad” de nuestros alcaldes, de los ámbitos de encuentro donde anudaron relaciones y establecieron nexos más allá de la política que, luego, sin duda habrían revertido en ella. Podría pensarse, para empezar, que el mundo profesional fue una cantera de

²³ Erice, que gobernó sobre un consistorio de mayoría “social”, quiso hacer de la suya una alcaldía colegiada y dialogante, pero su gestión tropezó enseguida con graves problemas. Acabó siendo procesado por la Audiencia Provincial a raíz de una querrela en su contra presentada por el constructor Julio Nuin, y fue suspendido en su cargo por el gobernador.

hombres para el régimen, en particular el mundo de la abogacía, al que pertenecían 8 de los 15 alcaldes, en su mayoría pertenecientes al Colegio Oficial correspondiente, pero lo cierto es que apenas ninguno llegó a coincidir en una misma junta. El hecho invita a considerar que si estos profesionales dominaron en la escena pública fue sobre todo porque se les tenía como los mejores representantes tanto para una sociedad que empezaba a modernizarse como sobre todo para un régimen que primaba la gestión, pero que su entorno profesional no vino a convertirse en sí mismo en una cantera para la política. Tampoco lo fue el mundo de la cultura, que sí lo había sido, sobre todo con referencia al ámbito periodístico, en el arranque del liberalismo y en los mismos años de la Restauración. Nuestros alcaldes poseían formación universitaria, pero salvo en el caso de Urmeneta -escritor y dibujante- ninguno cultivó esta faceta con predilección. La auténtica matriz de la política, de hecho, estaba en ella, en el papel decisivo del gobernador civil y en la actuación de las distintas familias descritas.

Hubo, sin embargo, dos ámbitos que, aunque no fueran exactamente nichos para la política, sí cohesionaron a aquellos hombres y les dieron una cierta seña de identidad local. Nos estamos refiriendo a las instituciones religiosas de la ciudad y, en particular, a la Hermandad de la Pasión del Señor, en un primer caso, y al Casino Principal, como principal referente del esparcimiento de la elite, en el segundo. Los datos son contundentes: 12 de los 15 alcaldes, es decir el 80%, pertenecían a alguna cofradía religiosa, y 10 en concreto a la citada Hermandad. Sobresale como hombre de extraordinaria proyección religiosa el alcalde Daniel Nagore (1944-46), que presidió la junta diocesana de Acción Católica en los primeros cuarenta, haciendo valer su influencia sobre las costumbres y la moralidad públicas. La vivencia religiosa, no obstante, experimentó cambios decisivos a lo largo del franquismo, y ello quedó indudablemente reflejado en nuestros mandatarios. Interesa subrayar, en este sentido, que dado que la militancia católica era la única permitida, acabó siendo ella misma en el tramo final del régimen la cantera principal de los ediles contestatarios, en buena medida ligados a la HOAC, si bien como tal institución quedó al margen tras reiterar su independencia respecto del devenir político de sus miembros. Más allá de esta diversidad, uno y otro perfil acabaron coincidiendo (más al principio que al final) como hermanos de la Pasión del Señor. “Entre los ingredientes, malos y buenos, de nuestra complexión de pam-

²⁴ M.J. URMENETA, “Prólogo” a *Hermandad de la Pasión del Señor. 1649, 1887, 1962*, Pamplona, Gráficas Iruña, 1962, p. 13.

ploneses está la de ser mozorro”, diría Urmeneta²⁴. Pertenecer a dicha cofradía, “tan pamplonesa, tan popular, tan querida de todos”, vendría a ser una marca de “pamplonesismo”, una suerte de identidad local, caracterizada por el apego y el cariño hacia todas las tradiciones y cosas de la ciudad, que fue propia de nuestros alcaldes sin distinción.

Muchos de ellos también coincidieron en el Nuevo Casino, aunque en algunos casos también pertenecieran a otros clubes. Aquel venía siendo el espacio de ocio preferido de la elite desde hacía más de un siglo, y seguía conservando un inequívoco toque de distinción y ocupando el lugar de preferencia para quien se sentía profundamente enraizado en Pamplona. Sólo los “sociales” no lo tuvieron como lugar de encuentro.

Cabría citar un último espacio donde compartir intereses y relaciones más allá de la política, aunque en rigor debería haber sido el primero, que es el de los parentescos. No es una cuestión baladí preguntarse acerca de si los vínculos familiares fueron determinantes en la designación de la máxima autoridad municipal, o dicho con otras palabras, si el Ayuntamiento pudo estar controlado por ciertas sagas, en quienes también concurrían el doble requisito exigido de cualificación profesional y lealtad política. La base de datos relacional que sirve de soporte a este estudio prosopográfico nos señala cinco alcaldes con sólidos vínculos, para quienes probablemente tuvo importancia el peso del tronco familiar. Encabeza la lista el alcalde de la primera Gestora, Garrán Moso, nieto del diputado foral Juan Moso Irure (1875-77), hijo de Justo Garrán, diputado a Cortes en 1923 y diputado foral en 1928-30, y yerno de Daniel Arraiza Goñi, también diputado foral en los años veinte y secretario del partido unificado en 1937; le sigue cronológicamente Daniel Nagoire, cuyo hermano Leandro había ocupado también la alcaldía y había sido diputado foral con Primo de Rivera; tras él podría figurar José Iruretagoyena, primo del coronel Solchaga; concluye la relación con los dos alcaldes del tardofranquismo que vinieron a significar el cambio generacional y de talante, ambos con sus progenitores en el Ayuntamiento y emparentados entre sí, Sagüés y Viñes. Joaquín Sagüés Amorena era nieto de Teodosio Sagüés, concejal de la ciudad a fines del XIX, sobrino nieto de Daniel Irujo, alcalde de la capital a comienzos del XX, e hijo de Joaquín Sagüés Irujo, edil en 1942-44. José Joaquín Viñes Rueda, por su parte, era hijo de José Viñes Ibarrola, concejal en 1944-46. Hubo también alguna otra línea de parentesco, aunque *a priori* no tan decisiva, como la de Juan Miguel Arrieta, hijo de Lucio, significado falangista. En total, podría computarse un tercio de alcaldes de familias con

ascendiente político: ciertamente, es una proporción significativa que permite concluir que los lazos de parentesco siguieron siendo vivero para la representación política municipal, pero no tanto como para hablar de una elite endogámica en el consistorio. En los Ayuntamientos de la dictadura fue notablemente mayor el número de alcaldes (y también de concejales) que no procedían de sagas familiares con peso social, siendo, por tanto, más decisivos otros criterios de selección -la adhesión política al régimen y la cualificación profesional, tantas veces citados-.

3. A MODO DE EPÍLOGO

El Ayuntamiento pamplonés transitó de la lealtad a la disidencia a lo largo del franquismo. El breve retrato de conjunto de sus alcaldes ha revelado la importancia de los factores políticos, por encima de los socio-económicos, en su devenir como consistorio. De aquellos hombres, elegidos por su preparación y su fidelidad, que actuaron las más de las veces al dictado del gobernador civil, pero que también se le enfrentaron en otras (como así ocurrió contra los llamados “gobernadores antiforralistas” Junquera y Valero Bermejo en el primer franquismo, y con referencia a Ruiz de Gordo al final de la dictadura), podría decirse que representaron los intereses morales y materiales de su ciudad con amplia vocación de servicio, lo cual, obviamente, no justifica sus errores. Bajo el tópico de un aparente monolitismo, convivieron entre ellos distintas sensibilidades y talentos, siendo así que en los últimos tiempos hubo alcaldes que apostaron por la renovación del quehacer municipal que reclamaba una oposición cada vez más combativa, hasta el punto de contribuir a que el Ayuntamiento de la ciudad se convirtiera en un escenario significativo para el “aprendizaje de la democracia”²⁵. Sería su más genuino legado, “político”.

²⁵ En expresión de S. JULIÁ, “Una sociedad en cambio”, en J.C. MAINER y S. JULIÁ, *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 15-77.